

# Por alla arriba

Por Eduardo MAULEON

Todavía falta un rato para que la noche se escape de la amanecida. Ahí se ven puñados de estrellas desparramadas por el firmamento y un gajo de luna perfilando, con fuerte luz, la silueta de la sierra, ennegrecida aún más por las sombras del bosque que hasta arriba de ella llegan.

Las callejas, estrechas y adoquinadas del pueblo, están mojadas, humedecidas por el relente de una noche sin nubes.

El camino, oscuro, trepa decidido cara a la montaña muerta. Hay olor a troncos, a hierba mojada, a campo. Huele a noche que se va.

Allá abajo, en el pueblo sosegado y dormido, un perro ladra con desesperación a su eco.

Por el camino hincido, aguas escapadas de un arroyo, bajan un trozo saltando por él.

La luna se ha dejado caer detrás de un monte lleno de árboles. Hay más claridad. Allá al fondo, el cielo, que se pega a una cadena de montañas, empieza a empararse de un suave y azulado color.

La escarcha ha puesto, esta noche

de estrellas y luna, canas a la hierba y pequeños corros blancos al lado de troncos podridos, en los rincones de las matas, entre los huecos de los helechos.

Paralela a esta senda sin polvo, que tiene orilladas margaritas encogidas por el frío del amanecer, va una línea de estacas carcomidas ya por los años. La alambrada, rota y roñosa, tiene en algunos sitios hilachas de lana adheridas a las púas. El ligero viento de la mañana las hace temblar.

Un poco más arriba, dejando a la izquierda una abandonada borda y un parapeto de cazadores, sobresale un espolón; un saliente roqueño que brinda una visión maravillosa. Ahí abajo, en el abismo, ahora lleno de luz y color, se ve una enorme selva de hayas, con hojas ya tostadas, partida por un río cubierto de pedruscos. Hasta aquí arriba llega el rumor de las aguas al chocar en ellos. Más a lo lejos, junto a la orilla, sobresale el edificio blanco de una central eléctrica.

También llega a mí el ruido de un camión subiendo, renqueando, por una pista metida en el bosque de enfrente.

Y se oye cuando sube el volquete y deja caer, con verdadero estrépito, su carga de piedras.

Del interior del bosque sale el sonido de una corneta. Instantes después, el estallido de un barreno saca, por encima de los árboles, montones de cascotes. A continuación un humo de color ocre, se marcha despacio, rozando las copas de las hayas.

A ratos el viento trae voces de los obreros que trabajan en la construcción de la pista forestal. Y golpes de hacha que se repiten con el eco.

Muy arriba, bajo un cielo intensamente azul, una pareja de buitres andan jugando a hacer círculos en el aire.

Desde aquí cuento hasta seis pueblos diseminados al resguardo de unos montes. Y veo innumerables bordas de tejado colorado y del color del plomo, metidas en campos cubiertos de verdor; y otras desperdigadas por lomas llenas de helechos.

En un atrayente collado observo un par de cromlechs. Uno de ellos se conserva bastante completo. Al otro en cambio, alguien le extrajo de su círculo algunas de sus planas piedras, poniéndolas como saleras para las ovejas.

También veo, un poco aparte, un esbelto menhir.

En este momento el sol, como si el menhir representara una gruesa y pétreo aguja de un hipotético reloj solar, le saca una estirada sombra.

Contemplando este enhiesto pedrusco, hago cálculas sobre su origen y finalidad; el por qué de este monumento megalítico ahí plantado.

Mirando esa sombra que el menhir proyecta en el herboso suelo, me pregunto si precisamente en esa sombra radicará la clave del estar de tal piedra.

Pero no por la proyección dimanada del sol, sino por la que puede recibir de la luna.

**Illargia.** Se piensa que la luna ejercía un poderoso influjo sobre las gentes y sus cosas de aquel distante pasado. Era la representación gráfica y latente que fundamentaba la base de su vivir y ser.

Así, la luna, en plena eclosión de un esperado plenilunio, llevaría al monumento, puesto al arrimo de unos cromlechs, el momento exacto para que aquellos hombres dieran comienzo a sus rituales o invocaciones. Pudo ser así.

Allá, en la lejanía, un mar de nubes está envolviendo lentamente, como si tuviera pereza o sintiera pena, unas montañas de puntiagudas cresterías.

He visto un pequeño grupo de corzos mordisqueando la hierba. Ante mi presencia han levantado con súbita rapidez la cabeza, han puesto sus orejas en posición de toque de corneta y en un instante, en cuatro saltos, se han esfumado en un cercano hayedo.

La tarde se marcha. El sol ha pintado, durante un rato, los árboles y las rocas, de oro.

Por un camino de color granate y de tremenda pendiente, baja al pueblo un chiquillo llevando delante, media docena de orejas. Detrás descende haciendo pausas, una carreta chirriante, aguantada, que no empujada, por una pareja de bueyes que llevan hilos de blanca baba, pegados a la cara. Un perro pequeñajo labra a sus hocicos.

Las zarzas del camino van robando de la carga puñados de hierba.

La Iglesia del pueblo avisa al Rosario. Las luces de las esquinas se han encendido ya. A una con las primeras estrellas.